

José Miguel Merino de Cáceres y María José Martínez Ruiz. *De Fuentidueña a Manhattan. Patrimonio y diplomacia en España (1952-1962)*. Madrid: Cátedra, 2023, 385 pp

Diana Lucía Gómez-Chacón

<https://dx.doi.org/10.5209/anha.94737>

El libro que nos ocupa es el resultado de la colaboración entre el arquitecto y profesor de la ETSAM de la Universidad Politécnica de Madrid, José Miguel Merino de Cáceres, y la profesora de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid María José Martínez Ruiz. Lamentablemente, el primero de ellos nos dejó el pasado 9 de septiembre de 2023, tras una vida dedicada a la defensa del patrimonio y a la denuncia de su enajenación y expolio. Fruto de ello es el viaje que aquí se nos propone desde las tierras segovianas, que tan bien conocía Merino de Cáceres, hasta los rascacielos de Manhattan. Un recorrido que cobra aún mayor sentido si va precedido de la lectura de *La destrucción del patrimonio artístico español: W.R. Hearst, "El gran acaparador"*, resultado igualmente de la colaboración entre ambos investigadores y publicado en 2012 por la misma editorial. Ambos trabajos se enmarcan en el actual debate acerca de la descontextualización de bienes artísticos que forman parte del catálogo de grandes instituciones museísticas. Un asunto que ha cobrado especial relevancia en los últimos años, tanto en el funcionamiento diario y planes de futuro de los museos, como en la gestión de la riqueza patrimonial y cultural en cada territorio por parte de las administraciones públicas.

Son constantes los guiños que encontramos a lo largo del texto al guion de *Bienvenido, Mister Marshall*, aunque, en esta ocasión, los americanos no pasaron sin detenerse. En 1961 el ábside románico de San Martín de Fuentidueña llegaba finalmente a las salas de The Cloisters en Nueva York. Atrás quedaban años de comunicaciones, viajes, telegramas, llamadas telefónicas y reuniones impulsados por James J. Rorimer, conservador de arte medieval del Met y director de la institución neoyorquina entre 1955 y 1966, quien en sus cartas se refería al ábside segoviano como "a very handsome monument of Romanesque art". Según se pudo escuchar en las salas del Met el 31 de mayo de ese año, día de la anhelada inauguración, "por primera vez en la historia, una gran nación ha permitido que uno de sus monumentos nacionales [...] sea transportado a través del Atlántico como una gratuita y generosa cesión al pueblo de Estados Unidos". Efectivamente, se trataba de un hecho excepcional, pues el ábside de San Martín de Fuentidueña había sido declarado monumento nacional en 1931. De acuerdo con el discurso oficial servido en 1958, el traslado del ábside a las salas del Met parecía ser la única forma de garantizar la supervivencia de tan valioso monumento, al salvarlo de una previsible ruina y desaparición a la que parecía estar condenado en su emplazamiento original. En Estados Unidos sería conservado, estudiado y admirado por cientos de miles de personas, que hoy son ya millones.

Los autores han realizado una admirable labor de archivo, revisando la documentación existente tanto en el Metropolitan Museum of Art como en el archivo privado de quien vivió todo el proceso aquí narrado desde la frustración y la impotencia, y a cuya memoria se dedica el presente libro, Luis Felipe de Peñalosa, entonces delegado territorial de Bellas Artes en Segovia, y tío de José Miguel Merino de Cáceres; también el archivo de Manuel Gómez-Moreno en la Fundación Pública Andaluza Rodríguez-Acosta, los repertorios documentales de las Reales Academias de Bellas Artes y de la Historia, el Colegio de Arquitectos de Cataluña, el Archivo Histórico Provincial de Segovia, el Archivo Histórico de la Nobleza, el Archivo General de la Administración y el Archivo Diocesano de Segovia y el fondo fotográfico del Archivo Alejandro Ferrant, que ilustra minuciosamente el proceso de desmontaje del ábside. *De Fuentidueña a Manhattan* nos ofrece, a su vez, un perfecto retrato de la dictadura franquista en la década de los años cincuenta, de sus estructuras políticas y de sus intereses, en un momento en el que el régimen trataba de salir del aislamiento y ganarse el apoyo de Estados Unidos.

El libro está prologado por Fernando Marías, quien reflexiona en torno al expolio patrimonial en España: desde la venta en 1904 por parte del XVI Marqués de los Vélez y XIX duque de Medina Sidonia, Joaquín Álvarez de Toledo y Caro, de varios elementos del palacio de Vélez Blanco, reconvertidos en bienes muebles, hasta la venta al extranjero de obras del Greco, Beruete o Fortuny, o los primaverales negocios de la familia Zuloaga, aprovechando la “llegada de los americanos”. Seguidamente, los dos primeros capítulos introducen al lector en la historia del coleccionismo en Estados Unidos y la gestación de sus grandes museos, por medio del análisis del proceso de musealización de restos arquitectónicos europeos en diversas instituciones estadounidenses como el Nelson Atkins Museum en Kansas City (Misuri), el Toledo Museum of Art en Toledo (Ohio), el Museum of Fine Arts en Boston, o los proyectos de Hearst y del escultor George Grey Barnard. El foco de atención se sitúa a continuación en la creación de The Cloisters y la adquisición de algunas de las principales obras arquitectónicas que alberga: el patio renacentista del castillo-palacio de Vélez Blanco de la provincia de Almería; el claustro de San Miguel de Cuixà; la sala capitular de la abadía cisterciense de Notre-Dame-de-Pontaut, situada al sur de Burdeos; la capilla procedente de la iglesia de Notre-Dame-du-Bourg en Langon, al este de Burdeos; el claustro de Saint-Ghilhem-le-Désert de Gellone, cerca de Montpellier; una armadura de finales del siglo XIV procedente de un palacio destruido durante la Guerra Civil; la Gothic Chapel, una construcción de nueva planta inspirada en el presbiterio de la iglesia del monasterio de Bellpuig de las Avellanas, en Os de Balager, al noreste de Lérida; el claustro presuntamente procedente de la abadía cisterciense de Bonnefont en Comminges; el claustro del convento carmelitano de Trie-en-Bigorre, cerca de Toulouse; y, por último, el ábside segoviano al que se dedica el libro.

Los restantes cuatro capítulos narran detalladamente la historia constructiva de San Martín de Fuentidueña y el traslado de su ábside a las instalaciones neoyorquinas, a través de las intervenciones de un sinfín de agentes –Ministerio de Educación Nacional, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Bellas Artes, academias, embajadas, Obispado de Segovia, Comisión Provincial de Monumentos, Ayuntamiento y villa de Fuentidueña, y medios de comunicación–. A ellos se suman relevantes nombres propios, protagonistas de una abundante correspondencia, hasta ahora inédita, como los del ya mencionado James J. Rorimer, John Rockefeller Jr., Alberto Martín Artajo como Ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Javier Sánchez Cantón (subdirector del Museo del Prado), Manuel Gómez-Moreno o la hija de este, Carmen Gómez-Moreno, quien acabó obteniendo un puesto de trabajo de conservadora adjunta de arte medieval en el Met, institución en la que desarrolló toda su carrera profesional.

Merino de Cáceres y Martínez Ruiz recogen asimismo las escasas pero contundentes voces que se alzaron en contra del traslado del ábside segoviano. El arquitecto César Cort y Botí no solo votó en contra en la sesión de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la que se debatió el asunto, sino que emitió también su voto individual oponiéndose al acuerdo alcanzado. Enrique Lafuente Ferrari envió una breve nota a Luis Felipe de Peñalosa tras el respaldo otorgado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando a la propuesta del gobierno, en la que aseguraba que merecía la pena recordar lo sucedido “para vergüenza nacional”. Por su parte, Leopoldo Torres Balbás fue el único que mostró su oposición en la Real Academia de la Historia.

En una carta dirigida a Vicente Castañeda, secretario de dicha institución, Torres Balbás asegura que, tras una carrera dedicada a la conservación y defensa del patrimonio, “asentir al traslado de la iglesia de Fuentidueña sería renegar de toda mi vida”.

El 21 de febrero de 1958 el *ABC* publicó una en exceso breve noticia, discretamente inserta al final de la página 35 del diario, en la que se podía leer “Intercambio de obras de arte entre Norteamérica y España” y en la que se hacía alusión al acuerdo final que hizo posible el desmantelamiento y traslado del ábside de Fuentidueña: el intercambio de este con seis de las pinturas murales de San Baudelio de Berlanga, expuestas en la actualidad en el Museo Nacional del Prado en calidad de “depósito temporal indefinido”. Recordemos que las pinturas sorianas habían sido vendidas en 1922 por sus propietarios, los vecinos de Casillas de Berlanga, por 65.000 pesetas al anticuario León Leví, por cuenta del marchante de arte estadounidense Gabriel Dereppe, quien a su vez trabajaba para la compañía francesa Demotte et Cie; estas pasaron a formar parte de las colecciones de varios museos norteamericanos (Boston, Cincinnati, Indianápolis y Nueva York). Se trata de pinturas que, en realidad, como demuestran Merino de Cáceres y Martínez Ruiz, podrían haber sido adquiridas por el gobierno español, sin necesidad de despojarse para ello de un monumento nacional. El libro culmina con un apéndice documental en el que se transcriben veintisiete textos epistolares intercambiados entre algunos de los principales agentes involucrados en la “Operación Fuentidueña”, a los que hay que sumar los abundantes documentos y testimonios en torno a los cuales se articula todo el libro.

Hoy en día en Fuentidueña tan solo quedan unos muros sobre una colina que cobijan las tumbas de los antiguos moradores de la pequeña villa segoviana. Una evocadora imagen que nos invita a reflexionar sobre el problema de la España vaciada, pues no siempre se reconoce el valioso papel que muchos de los rincones que en nuestro país están siendo víctimas de una progresiva desaparición, desempeñan en la conservación de los bienes artísticos que custodian o, incluso, que custodiaron, pues su recuerdo pervive aún en la memoria de sus escasos habitantes. Se trata de un debate ante el cual, según señalan ambos autores, quizás resulte necesaria la adopción de una “mirada curiosa al pasado”, que, si bien en el caso de Merino de Cáceres se ha apagado, habrá de abrir los ojos de futuras generaciones. Quien escribe estas líneas no sabe si aquellas piedras, hoy a miles de kilómetros de su hogar, tienen memoria, pero de lo que estamos seguros es de que sí la tienen quienes han aprendido, y seguirán aprendiendo, gracias a los trabajos de José Miguel Merino de Cáceres.